

tantes habían vuelto á entrar en la posada. En el cielo, ni una nube. El Righi había quedado solitario, con una vasta bóveda azul por encima de él.

En una de mis primeras cartas, mi Adela, te escribía: «Esas olas de granito que se llaman los Alpes.» No creía entonces decir una cosa tan cierta. La imagen que había acudido á mi espíritu se me ha aparecido en toda su realidad en la cumbre del Righi, después de puesto el sol. Esas montañas son olas, en efecto, pero olas gigantescas. Tienen todas las formas que da el mar; hay olas verdes y sombrías que son los picos cubiertos de abetos, oleadas rubias y térreas que son las pendientes de granito doradas por líquenes, y, sobre las más altas ondulaciones, la nieve se desgarrá y cae desmenuzada en los negros abismos, como hace la espuma. Parece que contemplamos un océano monstruoso inmovilizado en medio de un temporal por el soplo de Jehová.

Y como un sueño espantoso, asoma la idea de lo que serían el horizonte y el espíritu del hombre si aquellas enormes olas se pusieran de pronto en movimiento.

III

LOS SALTIMBANQUIS

Berna.

El comedor del nuevo hotel donde me he instalado está en la planta baja. Según mi costumbre, había colocado la mesa junto á la ventana, y mientras hacía los honores de un excelente apetito á un excelente almuerzo, contemplaba la plaza.

Yo llamo á esto, como sabéis, *leer comiendo*. Todo espectáculo ofrece una sensación para los soñadores. Los ojos ven, y el espíritu profundiza, comenta y traduce. Una plaza pública es un libro. Deletreando los edificios, se encuentra en ellos la historia; descifrando los transeúntes, se encuentra en ellos la vida.

A los pocos instantes fijóse mi atención en un pequeño grupo de aspecto extraño, que vivaqueaba, por decirlo así, á algunos pasos de la ventana desde donde lo estaba observando.

Aquel grupo tendido en el suelo en actitudes pintorescas, á la sombra de una gran bandera no muy sólidamente plantada entre los adoquines, se compo-

nia de cuatro personajes: un hombre, dos mujeres y un animal. Una de las mujeres dormía, el hombre dormía, el animal dormía.

Nada podía distinguir de la mujer dormida, cuyo semblante quedaba oculto bajo una ancha cofia con que se cubría.

El semblante del hombre, que estaba de cara al suelo, también quedaba oculto á mis ojos; no veía más que sus negras manos, sus uñas destrozadas, su espesa cabellera sucia y erizada, la suela agujereada y descosida de sus botas blancas de polvo, y uno de los dedos del pie izquierdo á través de dicha suela.

Iba caprichosamente ataviado con un pantalón de caballería pesada y un ropón á la francesa. El pantalón, compuesto de más cuero que paño, parecía casi nuevo, aunque manchado de ceniza y de barro; el ropón estaba hecho jirones. Era una especie de blusa, un tiempo muy elegante y muy coqueta, de terciopelo negro bordado de lentejuelas de oro. El terciopelo, al hacerse viejo, había tomado un tinte de humo rojizo, y las lentejuelas se habían empañado casi todas; lo que daba al cuerpo un aspecto, como dice Trivelin, de una iluminación á las tres de la madrugada.

Mientras dormía, el hombre empuñaba con la mano derecha un grueso junco con puño de plata cincelada, el cual se había paseado probablemente por el bulevar de Gante, como el ropón en el Ojo de Buey. Dos épocas de la elegancia francesa se mezclaban en los andrajos de aquel miserable. El bastón, cuyo puño seguía siendo rico y brillante, estaba quemado y ennegrecido por su extremidad inferior; comprendíase que más de una vez había atizado y removido hogueras nocturnas. Hacía la mitad estaba aplastado y roto; hubiérase dicho que había servido para pesar algo y que había tenido que levantar puertas.

Un viejo sombrero redondo, pasado á la forma poliédrica, descansaba parte en el suelo, parte en la cabeza del durmiente. Un plato de estaño, arrojado ante sus pies, parecía esperar los ochavos de los transeuntes.

En cuanto al animal, sin duda el sustentador visible de aquellas gentes, desaparecía, medio hundido en un montón de arena, bajo las barras de una especie de jaula donde apenas lograba divisarle. Sin embargo, mientras dormía, hacía de vez en cuando algunos movimientos y yo veía lo suficiente para reconocer alguna cosa horrible, una de esas bestias que no están hechas para ser vistas por el hombre y que prueban la imaginación de la naturaleza, uno de esos seres que son unas pesadillas, un cardo viviente, un lagarto espinoso, alguna cosa espantable y semejante al *Moloch horridus* de la Nueva Holanda.

Cinco ó seis agraciados niños examinaban aquel monstruo y lo contemplaban con entusiasmo. Entre ellos yo admiraba á dos simpáticos chicuelos franceses, que pertenecían seguramente á alguna familia parisiense aposentada en el hotel.

La jaula iba colocada sobre una caja cuadrada, en cuyo recuadro anterior no sé qué casualidad había incrustado un bellissimo bajo relieve de encina representando á san Francisco de Sales, con la mano puesta sobre una calavera. Los muchachos franceses miraban aquel relieve. Al cabo de algunos segundos de examen, el mayor dijo al menor: ¡Ah! *Es Nuestro Señor con su manzana.*

La otra mujer, la que no dormía, estaba sentada sobre un trozo de tapiz viejo, al lado del hombre. Quisiera poderos decir que era fea, pues nada hay tan trivial ni tan literariamente gastado como la hermosura de las mendigas y de las comediantas al aire libre; pero, á pesar mío, he de confesar que ésta,

aunque tostada por el sol y *tocada de sueño*, como dicen las excelentes metáforas populares, era verdaderamente una simpática y delicada criatura.

Su frente era inteligente; su boca, ornada de admirables dientes, era graciosa y bonita; sus ojos, no muy grandes, eran profundos y puros; ricos reflejos dorados fulguraban entre sus espesas guedejas castañas, muy coquetamente y sobre todo muy cuidadosamente peinadas. Tenía de su raza la flexibilidad del talle, la curva de sus caderas, la perfecta correspondencia de su frente, su nariz y su barbilla, la pequeñez de sus pies y sus manos, la transparencia de sus uñas, la delgadez de sus tobillos, la elevación del empeine del pie. Toda su persona, todo su atavío era limpio y agradable como su peinado. Comprendíase que se aprovechaba probablemente de todos los arroyos que encontraba al paso, primero para lavarse, para contemplarse después.

Su talle, adornado con toda suerte de alhajas, daba fe de sus viajes. Llevaba medias azules bordadas de blancos arabescos, como las que llevan las niñas de Suabia, una holgada saya de paño oscuro formando mil pliegues, como las montañas de la Selva Negra, y un ajustado chaleco de seda, como las campesinas de la Bresse. Aquel chaleco, de corte ingenuo y un tanto desdichado, estaba casi enteramente oculto, y, por decirlo así, corregido por un ancho cuello de Flandes, en el que estaban bordados varios rosetones de catedral entretejidos y superpuestos unos á otros. Sus alhajas, todas italianas, y compradas probablemente cada una en la población especial que la producía, acababan y completaban la historia de sus peregrinaciones. Por sus pendientes de filigrana, se comprendía que había estado en Génova; por su pulsera de oro esmaltado y adornado de miniaturas, que había pasado por Venecia; por su brazaletes de mo-

saico, que había ido á Florencia; por su brazaletes de camafeos, que había atravesado Roma; por su collar de coral y de conchas, que había visto Nápoles.

Era, en suma, una encantadora y soberbia muchacha. Joyas de ídolo y ademán de diosa.

Era evidente que el atavío de aquella mujer cubierta de alhajas era la mayor preocupación de aquel hombre cubierto de andrajos.

Por lo demás, ella no era ingrata. Parecía adorarle, lo cual me sorprendía extraordinariamente. Yo bien sabía que las mujeres se complacen á menudo en sentir que forman parte de una antítesis; no ignoraba que las más hermosas, las más jóvenes y las más simpáticas se prestan fácilmente, por no sé qué inexplicable sentimiento, á representar su papel en esa especie de figura retórica viviente, idolatrando á su viejo marido por razón de su vejez, y á su corcovado amante á causa de su joroba; pero que la limpieza, bajo la forma de una mujer, sintiera atracción por la suciedad, bajo la forma de un hombre, jamás lo hubiera creído. Entre la especie humana que se lava y la especie humana que no se lava, hay un abismo, y no se me ocurría que pudiera echarse un puente sobre aquel abismo. Hoy, respecto á eso, ya nada me sorprendería. Yo he visto, en esa plaza pública, á una niña de diez y seis años, limpia y aseada como un guijarro mojado, besar de minuto en minuto, con una especie de apasionada admiración, la grasienta cabellera y las negras manos de un hombre asqueroso, dormido, que ni siquiera sentía aquellas dulces caricias; yo la he visto, con sus sonrosados dedos, sacudir el traje del saltimbanquis, del que sus graciosos papirotazos hacían levantar nubecillas de polvo; yo la he visto espantar las moscas que importunaban al inmundo durmiente, inclinarse sobre él, escuchar el rumor de su respiración y contemplar cariñosamente

sus destrozadas botas; y ahora me hallo dispuesto á aplaudir á cualquier escritor que se proponga componer una novela íntima intitulada: *Historia melancólica de los amores de una paloma y de un cerdo*.

Decididamente, la naturaleza contiene todas las combinaciones y la mujer contiene todos los caprichos. Todo les es posible á la mujer y á Dios.

Mientras contemplaba con amorosa mirada á su compañero tendido junto á ella, iba componiendo y limpiando con un trapo de lana una especie de espineta de forma antigua incrustada de pequeños discos de marfil, como la gaita zamorana del gran Giriganto.

La bandera que cobijaba á la pareja era el más ininteligible cartel de charlatán que haya visto en mi vida, lo cual, por otra parte, no perjudica al éxito.

Figuraos una ancha tela pintada de azul, y en medio de aquella tela desconchada por el sol y arrugada por las lluvias, nada más que este jeroglífico pintado en negro:



Si lo poco que sé de las recientes explicaciones del difunto Champollión no me engaña, esta frase, perfectamente egipcia, significa: *Hoy como siempre durante la eternidad*. Pero ¿qué significación le daba aquel saltimbanquis? Es lo que no me explico tan fácilmente, á menos, empero, que sea una declaración apasionada del cerdo á la paloma, en la misteriosa lengua de Hor, de Epifanes y de Amón Ra.

Contemplar á una mujer que está contemplando á un hombre, hasta cuando la mujer es muy bonita y

el hombre muy feo, es, al fin y al cabo, una distracción muy mediocre, y una vez hechas mis observaciones, seguí comiendo, cuando de pronto, una palabra francesa pronunciada al pie de la ventana del modo más claro y más áspero volvió á fijar mi atención en la plaza. Dispensadme que no os lo repita. Es una de esas palabras que son una injuria, una de esas palabras difíciles de pronunciar á causa de la poca decencia de las sílabas y en cuyo interior hay muy mala compañía.

Levanté los ojos.

La mujer que dormía se había despertado. Estaba sentada en el suelo, con la cofia echada hacia atrás, dejando ver una cara de vieja fea como una furia.

Ella era la que había soltado á la muchacha la palabra que acababa de oír, y su rencorosa mirada parecía que aun la repitiese.

La niña no respondió, su linda boca tomó una inefable expresión de desdén, y se inclinó hacia el hombre, besándole. La vieja, exasperada por aquella caricia, repitió la injuria.

Jamás olvidaré aquella mirada resplandeciente y soberbia con que, sin decir palabra, le contestó la joven.

De aquella corta escena deduje dos consecuencias: la primera, que la vieja se había despertado probablemente mientras la muchacha hacía alguna caricia al saltimbanquis dormido; la segunda, que aquel hombre, aquel cerdo, era amado por aquellas dos mujeres.

Historia que, al fin y al cabo, se encuentra más ó menos en todas partes. ¡Ay! ¿Quién no se ha encontrado en la vida preso entre la joven y la vieja, entre el presente y el pasado, entre el hoy y el ayer, entre aquella paloma y aquella osifraga?

La altanera tranquilidad de la bella exasperó á la